

AYED, HABID (2001): *Agua y poder. Geopolítica de los recursos hidráulicos de Oriente Próximo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 185 p.

Este libro es un interesante resumen de la geopolítica del agua en Oriente Próximo, tema del cual el autor es un gran conocedor. Habib Ayeb es geógrafo y profesor de la Universidad París VIII, además de autor de una tesis doctoral sobre la geopolítica del valle del Nilo, así como de diversas obras sobre esta temática, entre ellas *Le Jourdain dans le conflit israélo-arabe* (1993) y *El agua en Oriente Próximo: recursos y conflictos* (en árabe, 1996).

Hay un buen número de artículos que tratan sobre los conflictos políticos y militares de Oriente próximo, y en particular del problema del agua, porque no en vano, como dijera el fallecido rey Hussein de Jordania, el agua será la causante de la próxima guerra en Oriente Medio. Una de las características más interesantes de esta obra es que el autor es de origen árabe, pero formado en Francia; esta condición le permite tener una doble perspectiva del conflicto. De todas formas, Habib Ayed no intenta evaluar quién tiene la razón en los conflictos de la región, sino mostrarnos de una forma bastante objetiva cuáles son los recursos hídricos y los proyectos hidráulicos existentes, así como elaborar una buena síntesis de las diferentes disputas por el agua en Oriente Próximo. Es de destacar que sabe relacionar con acierto el conflicto general con las disputas por los recursos hídricos.

La estructura del libro se divide en tres grandes bloques, en la primera parte se realiza una descripción de las tres cuencas de la región (Jordán, Tigris – Éufrates y la del Nilo); en la segunda se analizan aquellos conflictos provocados por el control de los recursos hídricos en Oriente Próximo; finaliza con una recopilación de los principales proyectos hidrológicos que se han realizado en esta zona. Un hecho interesante es que esta obra cuenta con un buen número de mapas, que facilita la comprensión de la situación, fruto, sin duda, de su formación de geógrafo.

La primera parte del trabajo es fundamentalmente descriptiva pero muy útil, porque proporciona una estimación de los recursos hídricos existentes en cada una de las cuencas en conflicto. El autor ha tratado de hacer una síntesis de las diferentes informaciones de que disponía, ya que al ser el agua un valor estratégico los estados esconden las cifras reales.

Habid Ayed calcula que la disponibilidad de agua en la región es del entorno de 1.800 m³ por persona y año, situándose por encima de los 1.000 m³ reconocidos como abundantes por la OMS. Existe una abundancia a nivel regional pero una escasez notable a nivel local. Turquía e Iraq cuentan con más de 4.000 m³ por persona y año, Egipto y Siria se mantienen entorno a los 1.000 m³, pero Jordania, Israel y los territorios palestinos de Cisjordania y Gaza se han de conformar con menos de los ya críticos 500 m³.

El segundo bloque es un análisis de los conflictos relacionados con el agua en las tres grandes cuencas del Oriente Próximo. El autor señala como principal problema de la hidropolítica regional que la mayoría de los ríos y los acuíferos más importantes están compartidos entre diversos países, por lo que es muy complicado que unos estados que mantienen permanentes disputas por diferentes motivos políticos y religiosos sean capaces de repartirse un recurso tan necesario para todos.

La cuenca del Jordán, que no aporta más de 1.000 – 1.500 hm³, tiene una importancia geopolítica que pocos cursos de agua del mundo pueden alcanzar. Precisamente por lo

escaso de su caudal (cincuenta veces más pequeño que el Nilo o diez más que el Ebro), que ha de ser compartido por cuatro países necesitados de agua como Siria, Líbano, Jordania e Israel. El conflicto por las aguas del Jordán dura desde la propia creación del estado de Israel en 1948; no en vano muchas de las guerras de Israel en la zona tienen como uno de sus objetivos controlar las fuentes del Jordán, ya que este río es su principal fuente de abastecimiento. Por ejemplo, la guerra de 1967 sirvió para controlar las fuentes norteafricanas del Jordán (en territorio libanés y sirio) y el río Litani (Líbano), que no fue abandonado por Israel hasta el año 2000.

Habib Ayed describe cómo han ido fracasando las diferentes propuestas de reparto de las aguas del Jordán surgidas durante los últimos cuarenta años, presentadas tanto por los árabes como por los israelíes, como por terceros países como Estados Unidos. El problema reside en que los países árabes de la región no reconocen el estado de Israel como tal, por lo que tampoco quieren llegar a ningún acuerdo de colaboración sobre las aguas del Jordán; el control de la cuenca se realiza a través de una simple correlación de fuerzas.

Por otro lado, el poder militar israelí le ha permitido desarrollar un proyecto hídrico global para todo el estado, basado en la construcción de importantes obras de ingeniería en la cuenca del Jordán, controlando así la casi totalidad de las aguas del río, hecho que ha sido clave para la consolidación y la expansión del estado de Israel. Los planes de control y las infraestructuras hídricas realizadas por otros países en el Jordán han sido destruidas sistemáticamente por el ejército israelí.

La posibilidad de una gestión conjunta de los recursos hídricos está íntimamente ligada a la resolución del conflicto general que azota la región. Pero la solución se presenta complicada, porque como bien dijera el miembro del partido laborista israelí y ex embajador en España, Shlomo Ben Ami, para resolver el conflicto las dos partes no pueden quedar satisfechas, ya que cualquier concesión a favor de un bando genera una profunda insatisfacción en el otro.

En las cuencas del Tigris y el Éufrates el principal problema es la construcción de infraestructuras hidráulicas que reducen el volumen de agua que llega a los países situados más al sur. Los estados de Turquía, Siria e Irak se disputan el control de estas cuencas desde principios del siglo xx, pero el conflicto no se inicia realmente hasta 1973, con la construcción de las presas de Kiban, en Turquía, y la de Tabqa, en Siria, en 1975. A través de la mediación de Arabia Saudí y las presiones de la URSS se consiguió un acuerdo, donde Siria cedería el 58% del agua del Éufrates que pasaba por su territorio. A pesar de estos acuerdos las disputas continuaron sucediéndose, porque el conflicto tiene una dimensión mucho más amplia que el control del agua, como sucede en la cuenca del Jordán.

Tal y como nos explica Ayed, Turquía es el país con mayor ventaja en este conflicto, porque las principales fuentes del Tigris y el Éufrates parten desde su territorio, y porque juega un papel geoestratégico muy importante como aliado occidental. Gracias a su posición de fuerza, Turquía está desarrollando el proyecto GAP, que pretende irrigar grandes zonas de la Anatolia central e incrementar la producción eléctrica aprovechando los recursos de estos dos ríos. El gobierno turco propuso a mediados de los noventa intercambiar los excedentes de alimentos y energía que proporcionaría el GAP a cambio de petróleo, iniciativa que fue rechazada tanto por Siria como por Irak, que seguían reclamando su derecho al agua.

En la cuenca del Nilo el problema es muy similar a la del Tigris y el Éufrates, pero con la diferencia que quien tiene la posición de fuerza en este caso es Egipto, el país más cercano a

la desembocadura. Las disputas por las aguas del Nilo están íntimamente ligadas a los conflictos políticos y fronterizos entre Egipto y Sudán. En el mismo momento que Sudán alcanzó la independencia política (1953), Egipto comenzó a construir la presa alta de Assuán (con capacidad para 165.000 hm³), para asegurarse el suministro de agua y evitar que Sudán y Etiopía, que controlaban las fuentes del Nilo, pudieran ejercer presiones políticas.

En el marco de estos movimientos geoestratégicos se produce un acuerdo entre El Cairo y Jartum (1959) para repartirse las aguas del Nilo y colaborar en diversas infraestructuras hidráulicas, a razón de 55.500 hm³ para Egipto y 18.500 hm³ para Sudán, pero sin contar con Etiopía. Como bien describe Habid Ayed, Etiopía no acepta el tratado de 1959 y no reconoce el Nilo como un río internacional, porque, a pesar de tener un poder militar inferior, intenta presionar tanto a Egipto como a Sudán para que apoyen su política local e incluso internacional.

En el tercer capítulo de este libro, Habid Ayed realiza una descripción de los grandes proyectos hidráulicos que se han producido en las tres cuencas de Oriente Próximo. En la cuenca del Nilo la obra más emblemática es la presa alta de Assuán, porque es la pieza angular donde gira toda la hidropolítica de Egipto. Como bien dice Ayed, esta presa supuso asegurar y ampliar la agricultura de regadío, impulsar el desarrollo industrial y garantizar el suministro de electricidad y agua potable para una gran parte de la población egipcia. Pero la presa de Assuán no es el único proyecto hidrológico iniciado en el Nilo, Ayed destaca por su importancia geopolítica la construcción del canal de Jonglei, que pretendía traer una notable cantidad de agua desde el sur de Sudán. La construcción de este canal fue boicoteado por la guerrilla sudista de Sudán, por considerarlo como una acción más del intervencionismo de Egipto y del propio gobierno de Sudán. La guerrilla del sur de Sudán, que busca su independencia del norte, tuvo el apoyo logístico y político de Etiopía, porque este país pretendía recuperar el control de las fuentes del Nilo que pasan por su territorio.

El proyecto GAP es uno de los principales objetivos económicos, políticos y militares en la geopolítica interna y externa de Turquía. Como señala Habib Ayed, a nivel interno porque las zonas inundadas por las presas construidas (la principal es la de Ataturk) son en su mayoría territorios kurdos, obligando a desplazar a miles de ellos de sus casas. A nivel externo, para limitar y controlar el flujo de agua que permitía pasar hacia Siria e Irak.

En cuanto a los proyectos hidráulicos en la cuenca del Jordán, tanto los que se han realizado como los que no, están bien resumidos por Ayed en el anexo final.

En sus conclusiones el autor acepta que la escasez y la distribución desigual del agua es y va a ser inevitablemente fuente de conflictos a nivel local, pero nunca un desencadenante de una guerra a nivel interregional. Para Habib Ayed la clave está en que existe un equilibrio de fuerzas entre los diferentes países que están en conflicto; ninguno puede imponer su total dominio sobre el otro. Pero quien sufre las verdaderas consecuencias son aquellas minorías que no tienen el respaldo ni de su propio Estado o no tienen Estado propio, como los palestinos, los kurdos y los habitantes del sur de Sudán.

JOAN JAUME INIESTA GIRONA
Universitat Rovira i Virgili (Tarragona)